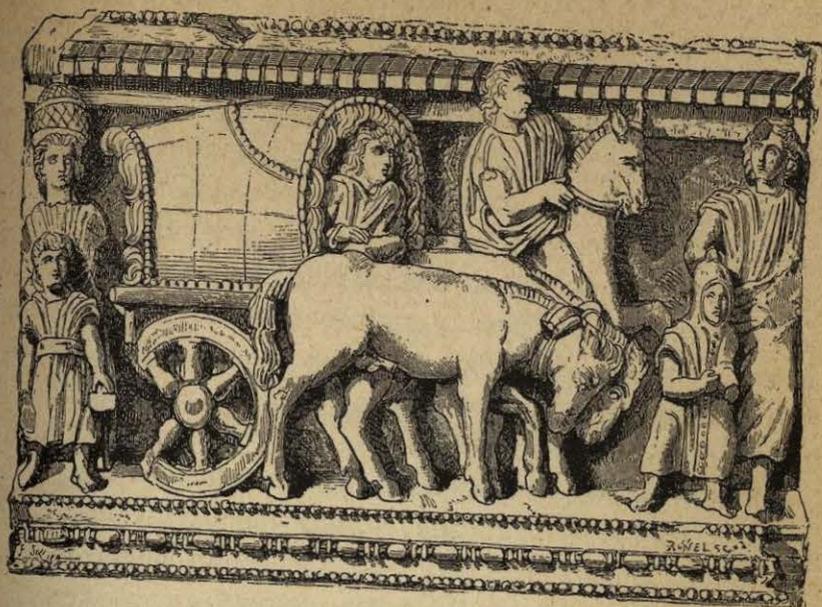


Y tras tal esfuerzo de anhelo erótico, Nerón cayó de espaldas sobre su lecho como un borracho, roncando con los ronquidos de una brutal embriaguez y estremeciéndose con los estremecimientos de una violentísima epilepsia. Tigelino y Othón, después de haber consultado sus relojes y visto que aún era oscuro, antes de que la cercana luz del próximo día revelase á los romanos en qué su emperador consumía las noches, lo metieron, como una res, en la litera y se lo llevaron al Palatino. Así pasó la neroniana cena del célebre Trimalción.



## CAPÍTULO VII

### PROYECTOS DE BODAS

Después de haber los tres camaradas respectivamente dormido la mona que tomaran cada cual en la cena de Trimalción, nuevamente á las doce horas no cumplidas se congregaron, anhelosos de recomenzar sus hazañosas noches. Poco á poco Nerón se había ido cansando del filosofar eterno de su maestro Séneca y del pomposo componer de su compañero Lucano, decididos á resucitar bajo el imperio una virtud con el imperio tan incompatible como la virtud republicana, inclinándose por impulso de tales desvíos al bajo Tigelino y al noble Othón, especie de terceros, por cuyas manio-  
bras alcahuetescas, perdónese la palabra, pues no hay otra más expresiva en el idioma castellano, recogía todos los placeres posibles en la cima y en la base de aquella sociedad: que nadie tan de intermedios y de intermediarios necesitado cual un emperador. Aquellos dos personajes no tenían pero. Adúltero Tigelino con Agripina; expulsado de Roma por Calígula; entre bandido y pirata en Calabria; reintegrado merced á cohechos facilitados por una inesperada herencia en la ciudad; chalán en los mercados de bestias; cabeza

de una exaltada facción en el Circo, donde disputaban verdes con azules y azules con rojos; compañero de gladiadores y acróbatas y cómicos; jugador de ventaja en todas las apuestas que se cruzaban á millares en los juegos públicos romanos; prestamista de los nobles arruinados y usurero y estafador; jefe de ladrones y asesinos; pendenciero y estuprador, necesitábalo Nerón para que celase con sus bandas de perdidos tabernas y garitos y zahurdas y burdeles, imponiendo el respeto y el miedo á su poder y autoridad en las pestilentes cloacas donde se amontonan todas las podredumbres y todos los excrementos sociales. Othón, el otro camarada, era también el vicio en persona; pero el vicio por lo alto, el vicio por lo fino, el vicio noble y apatriciado, el vicio completo, el vicio con asiento en las cámaras aristocráticas y con aspiraciones al imperio, quien sólo bajo Claudio, tras Augusto, se había visto libre de vicios y viciosos. Palacio comparable al del Palatino, cenas babilónicas, lujo inverosímil, caballos como no los tenía ningún otro noble, derroche fabuloso en fiestas y en juegos: he ahí los prestigios del depravado joven Othón á la estima en que lo tuvo y á la privanza que le concedió desde los comienzos de la dominación suya el joven y depravado César. Los proyectos de éste, ahora, en la sazón de tales incidentes como los que vamos refiriendo, dividíanse por su orden de prelación en los siguientes: emanciparse de Agripina, matar á Británico, prescindir de Séneca y Lucano, reganar el amor de Acté ó por lo menos la sumisión de ésta nuevamente á sus caprichos, tomar á Popea por mujer efectiva en caso de que Acté continuara en la intratable castidad sugerida por su ingreso en no sabía Nerón cuál secta, y arrinconar en el Palacio á Octavia sin quitarle sus títulos honorarios de mujer legítima en su casa y de emperatriz reinante sobre su mismo trono por miedo al Senado y al ejército. En todas estas infames perniciosas empresas necesitaba el emperador de sus dos compañeros con grandísima necesidad, pues los dos y únicamente los dos eran capaces de subir hasta los desvanes palatinos donde se aderezaban en alquimia diabólica por manos de Locusta los venenos y descender á las letrinas donde yacía y pululaba la más repulsiva y asquerosa demagogia. Por consecuencia, con tales dos confidentes y ministros de sus vicios, cual otros lo fueran de su política, el emperador creía tener á Roma en

la palma de su mano y arbitrariamente disponer á su antojo de toda la ciudad. Para comprenderlos es lo mejor oírlos á la tarde siguiente de la orgía que ya conocemos, y de cuyos incidentes hemos callado muchos contenidos en las diversas historias por el debido respeto á nuestros lectores y á nosotros mismos.

— ¿Qué tal se ha dormido? — preguntóles á uno y otro Nerón.

— Perfectamente — dijeron ambos.

— Vosotros tenéis menos motivos de inquietud que yo, y por ende, podéis dormir á pierna suelta. El insomnio de las noches me aumenta la irritación que me traen los cuidados del día, en términos de tener que levantarme y andar á tontas y á locas por todas partes en guisa de furioso dementado, á quien sobrexcitan y exaltan los insomnios en las largas veladas y los ensueños en los largos sueños. No queráis nunca llegar á césares, aunque os presentaran el don de rodillas todos los pueblos del universo. No sabéis lo que es bueno.

— Vamos: cuéntaselo eso á tu abuela — díjole Tigelino con la bárbara familiaridad y el chalanesco lenguaje propios de su temperamento y de su oficio.

— Aunque no tuviera otra ventaja el imperio que las facilidades por él prestadas, así al aquistamiento de los placeres como al logro del oro, cosas ambas apetecidas de todos, valdría lo que cuesta — dijo al César el noble Othón en primoroso lenguaje, propio de su cultura y de su casta.

— ¿Los placeres? ¡Bonitos placeres! — Nerón replicó. — Os daría yo á pasar los mandatos de Agripina, los sermones de Séneca, los versos de Lucano, la competencia de Británico, las negativas al amor de Acté, la proximidad repugnante y odiosa de Octavia.

— ¡Buena jera! — exclamó Tigelino. — ¡Ya me molestarían á mí tales cosas! A otro perro ve con tal hueso. Te pasa todo lo dicho porque quieres. De un puntapié derribaría yo esos obstáculos, de un puntapié. Y luego, que me soltaran un galgo. ¿Quién pone puertas al campo?

— Está en lo justo, á la verdad, Tigelino — añadió por su parte Othón. — Diciendo Séneca en toda clase de tonos á quien quiere oírle que se identifica todo César con los dioses en el poder de dispensar la muerte y de transfigurar y enaltecer matando á los mis-

mos que mata y sacrifica, no vaciles en matar y sacrificar á cuantos te molesten.

— ¿Quién te lo impide? ¡Cuidado! — decíale á Nerón su Tigelino. — Difúndele por las venas á Británico una pastillita de Locusta. Degüella, como en matanza cualquier cerda de peso, á tu madre Agripina. Libértate de Octavia como te plazca. No hay derecho á desobedecerte ni en los pueblos á murmurar de ti. Haz aquello que te convenga sin mirar la cara de nadie.

— ¡Con qué facilidad se dicen tales cosas y con qué dificultad se hacen! En el manejo de las mixturas locustescas precisa proceder con tino, pues corre uno riesgo de matarse á sí por matar al prójimo. Mi hermano cuenta con una parte considerable de las legiones pretorianas y con una parte considerable del Senado mismo, amén de la protección que Agripina le dispensa hoy, tratándole, no como hijastro, como hijo de su adopción, en odio al hijo de sus entrañas. Por lo tocante á la feroz Agripina, persíguela y verás cómo los hoy enemistados con ella se ponen á su devoción y la siguen á una en su guerra, ya declarada contra mí. No hablemos de Octavia: el mujerío romano, por depravadísimo, ampara todas las esposas que cree fieles, y hace tanto más aprecio de la virtud cuanto menos posee tan preciado tesoro. No hay desesperación parecida en el mundo á la proveniente de un estado como mi estado: todo el mundo te dice omnipotente, y cuando vas á ejercer tu omnipotencia, todos cuantos han de secundarte se llaman Andana, y todos cuantos han de obedecerte se rebelan, usando mayor ó menor hipocresía, pero sin ceder en su desobediencia, no importándoles una higa tus reconvenciones, con tal que no lleguen al castigo. Necesitas enseñarles el palo, como necesita el domesticador enseñar á las fieras su botón de fuego.

— ¿Qué medio imaginas tener para realizar tu pensamiento y cumplir tu voluntad? — le preguntó á Nerón Tigelino.

— Son los pensamientos — dijo Nerón — en tan excesivo número, que ignoro sobre cuál habré de fijarme.

— Fíjate — díjole Othón. — Cuando hay muchas cosas en que pensar y muchas que hacer, nada tan dañoso como la indecisión y la perplejidad.

— El corazón tira de mí más que la cabeza — observó Nerón.

— Y algunos órganos inefables tiran más de ti aún que el corazón — díjole Tigelino.

— Me hallo muy perplejo.

— ¡Dale con la perplejidad! Pues te repito mi advertencia: en el trono es la resolución lo primero, el ejercicio de la voluntad.

— ¡Si me hallo entre dos amores!

— Imposible — díjole Othón.

— Y me muero de amor — añadió Nerón.

— Como se murió de hambre aquel burro de marras entre dos piensos — díjole Tigelino.

— Quien gusta y goza de muchas mujeres, á la postre ama á una sola — díjole Othón.

— He ahí mi caso. Yo en realidad amé siempre á la infeliz Acté.

— Así lo creo yo — dijo Tigelino.

— Pero se subleva contra mi amor, pues diz le prohíbe amarme no sé cuál secta, de la que nunca con claridad habla.

— No le ha picado mala mosca — exclamó Tigelino.

— Será una de tantas sectas judías como pululan por todas partes.

— He agotado mi elocuencia para persuadirla con todas las frases imaginables á perseverar en su amor. Díceme que le han echado no sé cuál agua mágica por la frente, á cuya virtud se halla impedida de amarme, si no con el pensamiento, con el recuerdo, con la idea, con el alma.

— Tiene todo eso mucha gracia por lo extraño — exclamó Tigelino.

— ¿Y te conformas con ese pago en frases á tu violento amor? — preguntóle Othón.

— ¡Pues no he de conformarme!

— Vaya, no te creo — dijo Tigelino.

— ¡Cómo! ¿No me crees?

— Ahí te quiero ver de César. Mándale como súbdita tuya lo que pretenda negarte como manceba.

— Le mando y me dice que prefiere la muerte á rendirse.

— Y tú ¿qué haces? — preguntóle Tigelino.

— ¿Yo?

— Sí, tú, ¡Nerón!; tú, César; tú, el todopoderoso; tú, el divino; tú, el omnisciente; tú, á quien Júpiter envidiaría, según el poder y la riqueza tuyas, ¿qué haces?

— Tienes razón en preguntarlo Tigelino — le observó con insistencia Othón.

— Pues yo me rindo á su voluntad como un siervo — dijo el emperador sin rebozo.

— ¿De veras? — preguntóle Tigelino, riéndose á todo reír de la castidad del César.

— No sabes qué poder tienen sus frases. Habla de cosas extrañas y celestes como no hablaron los más inspirados filósofos. Cuando se yergue, diríais que tiene á sus pies una peana de diosa. Fija en lo alto la mirada con un arrobamiento que apaga toda voluptuosidad en seguida y adormece los sentidos como con dulce beleño. Yo descubro en aquellas sienes un radiante nimbo que creo el místico lumínico de otros cielos y de otros mundos y de otros astros, en todo sublimes y superiores á los nuestros. Cuando habla de la muerte, da gana de morir. Cuando promete un amor eterno allá en un infinito etéreo, allende nuestras sepulturas de piedra y barro, espera uno tal felicidad celestial con toda paciencia y déjase uno engañar como cualquier niño. Mil veces he salido de casa, resuelto á imponerle mi voluntad, aguijoneado por el recuerdo de goces sensuales indecibles sentidos en sus brazos y por la esperanza de renovarlos, llevado sobre la impaciencia del deseo hasta una extrema violencia. Ponía en mi voluntad alas. Decíame á mí propio que una débil mujer no podría resistirse al mandato y al imperio de un varón fuerte como yo. Rearguíame de cobarde y de afeminado. Estiraba los puños para probar su fuerza. Tocaba y retocaba los músculos. Decíame que podría deshacerla en ellos con mis brazos. Pensaba en devorarla dentro de la hoguera voraz del amor mío. A medida que me acercaba, crecía el deseo y se sublevaba el ánimo contra todo aquello que pudiese, no ya burlarlo para siempre, detenerlo un minuto. Creíame capaz de dar la muerte ó recibirla por amor, creíame capaz de morir ó matar. Mas entraba, y no había llegado al dintel de su habitación y entrevístola, cuando había cambiado de propósitos, sintiéndome incapaz de cumplir los antes acariciados con tal empeño. Aquella figura tomaba un

aspecto superior á lo natural y sensible; aquella su actitud no solamente á pureza de suyo trascendía, prestábala con su apostura y con sus gestos indeliberados é inconscientes á los demás; aquella mirada dividía en dos vuestro ser, sintiéndooos como dominados por el alma que cogía en su poder vuestros sentidos y os los arrebatava sin remisión; aquella voz dejaba un eco tan dulce y extraño en nuestros oídos como una música sobrehumana, celeste, increíble, dando todo ello por resultado una enajenación del sentido y un predominio del pensamiento que deshacía vuestra propia compleción y os transportaba como á otra naturaleza cuasi divina. Yo lo confieso: Acté que despertó en mí á los comienzos de la vida, cuando yo era un muchacho, la primer voluptuosidad por mí sentida y el primer impulso á los goces de un amor sensual, ahora me apaga los sentidos y no hay medio de poseerla como antes la poseyera, ni de amarla como antes la amara. Y luego no quiero deciros cuanto dice, no quiero. Ignoro quién le ha enseñado cosas tan extrañas. Ninguna de nuestras mujeres puede compararse á ella en arrebatos de sentimiento y en elocuencia de palabra. Dos amores la poseen, el amor á un Dios, que llama ella único, cual sabéis que le creen los judíos, y el amor á la humanidad, en cuyo bien quisiera la infeliz á cada instante ofrecer su vida y sacrificarse. De poder el mundo seguir el camino que le señala ella, daría con seguridad en el cielo y habríase acabado para siempre la guerra y con la guerra el mal. Por todas estas cosas me saca de tino y me sumerge en éxtasis y arrobamiento celestial, consiguiendo una victoria de la cual yo, el vencido, no puedo á mí mismo darme cuenta; la victoria sobre mi cuerpo y mi sentido en tal manera decisiva, que yo ante sus pies me desciño y me despojo del cuerpo y pierdo y mato el sentido.

— Vamos, hablando en plata, la oriental te trueca en uno de aquellos infelices que guardan los palacios de su tierra y que sirvieron de ministros y de secretarios á los jefes y monarcas de Persia y Egipto — dijo el chalan.

— No tengo empacho alguno en repetírtelo: me quita con su presencia toda sensualidad Acté, y me paraliza con su palabra los sentidos.

— ¡Fenómeno graciosísimo! — exclamó el sagaz Othón.

— Pero sólo me sucede con ella esto. Así, tras el embargo fugaz de mis facultades hecho por su presencia, torno á despertarme con más autoridad, la cual me impele á una pasión extraordinariamente despótica, que ha concluído por enseñorearse de todo mi ser.

— ¿Cuál pasión? — preguntaron á una los dos favoritos.

— La pasión por Popea.

— ¡Popea! — dijeron admirados uno y otro.

— Sí, mil veces os lo dije.

— Pero nunca creímos que la tomases tan á pechos — díjole Tigelino.

— Considerámosla como un pasajero capricho, como una de tantas ligeras sensaciones cual sacuden tu cuerpo y pasan por tus fibras — observóle Othón.

— Pues no lo creáis: mucho de grave y serio encuentro en ella, y desahuciado por Acté, no pudiendo vivir sin una compañera que me ayude á sobrellevar la vida, redúzcome á poner toda mi felicidad futura en que Popea me corresponda y junto á mí esté toda la vida.

— ¡Popea! — murmuraba Tigelino.

— Sí, Popea, la hermosa hija de aquel célebre Lolio, que fuera ministro de Sejano, como Sejano ministro de Tiberio — díjole Othón al César.

— ¡Justo! — añadió Nerón.

— Creed — continuó diciendo el noble Othón, — creed que no ha robado á nadie su hermosura, la hereda. Su madre resplandeció entre las mayores bellezas en la corte de Claudio. Y una vez que la miró éste con ojos de codicia, Mesalina, celosa, no del amor, del trono de su esposo, la mandó matar. Temblaron los verdugos al troncar con sus hoces una flor tan tierna y tan preciosa.

— Justo, justo, justo — decía Nerón.

— Así la hija dejó los nombres de sus padres para tomar los nombres de sus abuelos. Y se llama Popea de Popeo, un general que mereció los honores del triunfo, recuerdo muy prestigioso de suyo y muypreciado entre los nobles de la romana sociedad.

— Estás enteradísimo de todo cuanto á Popea se refiere — díjole Nerón á su camarada, no sin cierto dejo de malicia sugerido por cierto asomo de celos.

— Como todos estamos inscritos en la clase patricia, todos nos conocemos unos á otros de antiguo — díjole Othón, cayendo un poco en que había mostrado la hilaza de sus preferencias; pues, con efecto, habíase á su vez enamorado de Popea, siquier lo callase cuidadoso, conociendo como conocía el corazón de su coronado amigo, por miedo á la muerte.

— ¿Conoces alguna mujer que le aventaje aquí en gracia y en inteligencia y en hermosura? — preguntábale Nerón al convencido compañero. — Noble, nadie luce cual ella sus calidades patricias, ostentándolas con brillo mayor por los cuidados puestos para ocultarlas sin humillaciones de un lado, y de otro lado sin falsas y engañosas modestias; rica, todo cuanto la rodea tiene aquella estabilidad que presta lo sólido sin exclusión alguna de aquel brillo que presta lo etéreo y luminoso; hermosa, con una mirada de sus ojos despierta los sentidos en mí como nunca se despertaron y centuplica el incendio de la vida mía; sabia por su brillantísima educación, jamás la he visto caer en aquellas petulancias de que adolecen las literatas nuestras, ni dejar de darle á sus ideas el carácter femenino que tanto realza el saber de las mujeres talentudas, saber sobrio, reservado, sencillo; vamos, una joya verdadera.

Mientras el emperador loaba con tales encarecimientos á Popea, mordíase los labios Othón, si bien refrenándose todo lo posible para no mostrar una rivalidad y una competencia las cuales de seguro hubieran podido costarle la vida. Todo se le volvía dominar los nervios que le saltaban como cuerdas demasiado tirantes; volver al pecho suspiros que del pecho huían veloces y en tropel; apagar los ojos en cuyos centelleos relampagueaba una pasión mal reprimida por dentro y peor disimulada por fuera.

— Popea, Popea, Popea — decía Tigelino. — Supongo que, habiéndola querido tú, habrás tomado ya posesión de ella, Nerón.

Al oír esto no pudo reprimir un afecto de cólera intensísimo el noble Othón, herido en el alma, presa de un amor á Popea que no cedía en intensidad al amor de su coronado amigo.

— No lo creas, Tigelino — replicó el emperador, — aspiro á Popea, no la poseo.

Al oír esto, los ojos de Othón brillaron de veras con suma felicidad; el pecho se desahogó en suspiros de gran fuerza; y la neu-

rosis, que le hacía estremecerse y temblar, llegó á serenarse como si le hubieran dado un verdadero calmante. Pero Tigelino, empeñado en hacerse á tontas y locas el gracioso y echárselas de bufón, expresóse de la siguiente manera deslenguada con respecto á la mujer en general de Roma.

— Serían castas las mujeres allá cuando vivía Saturno, y nos alimentábamos de bellota recogida en el suelo, y nos escanciábamos por todo licor el agua posada en el hueco de la mano, y nos vestíamos con las fibras de los vegetales, y habitábamos en el seno de las cavernas. Ahora todos ponemos el correspondiente sitio al tálamo ajeno y todos codiciamos la mujer del prójimo. Tengo hecho voto de consagrar á Juno un cabrito con cuernos dorados, en el templo de Júpiter Tarpeyo, el día que halle una matrona púdica. Con mayor facilidad se resignarían á tener un ojo solamente que á tener solamente un hombre. Y no importa preservarlas en los montes y recluirlas en las grutas. Cuando no tengan de quien echar mano, enamorarán al montañés Júpiter y al grutesco Marte, aunque los hallen viejos y exhaustos. A ellas les gustan los pantomimos, á ellas los acróbatas, á ellas los titiriteros, á ellas los cómicos, á ellas los gladiadores, todos, menos sus respectivos esposos.

— No digas eso, Tigelino — exclamó el César, — no lo digas con motivo y ocasión de Popea. Ninguna tan bella, pero ninguna tan decente. Así no quiere, no, entrar en lecho que no esté legitimado por nuestras instituciones, ni habitar hogares que no estén por las leyes marcados. No tienes más que pararte ante su pórtico y lo verás ornado con los bustos de sus mayores; no tienes más que mirar los bustos de sus mayores y los verás enaltecidos por sus respectivas virtudes.

Othón expresaba en su rostro, mientras el emperador decía todas estas cosas, bien extrañas emociones: de satisfacción, viendo tan bien defendida la mujer que amaba; y de celos, viéndola también tan amada.

Pero no advertía cosa ninguna Nerón, en la seguridad completa de que nadie podía ser osado á poner los ojos donde los pusiera él, y no sospechaba cómo las palabras de Tigelino herían á un mismo tiempo en aquel minuto dos corazones.

— Con esos trofeos lo que recuerdan, ¡oh César!, no es tanto

las virtudes que les han transmitido con la sangre como las herencias que han encontrado en las arcas — replicó Tigelino.

— Calla, deslenguado, no insultes así con tu demagógica lengua, no las insultes á nuestras abuelas. Serías capaz de negar la virtud y el mérito de Cornelia, la madre de los Gracos, porque transmitió á éstos la herencia de los Escipiones — dijo fuera de sí Othón, al ver de semejante modo insultada la mujer por quien se moría.

— Tengamos la fiesta en paz. Asiste toda la razón al noble amigo nuestro, molestándose por su casta, al verla tratada con tal desacato en las mujeres fiadoras de su perpetuidad. Pero confesemos que, tras haber visto á una Mesalina dejar el tálamo imperial para irse á pasar la noche toda en brazos de cien gladiadores, cansándose mucho, pero no satisfaciéndose nada, no obstante tal derroche de materiales goces, hay motivo para decir eso y mucho más de las perversas costumbres romanas. No vuelvas, Tigelino, á decir cosas semejantes que molestan á nuestro compañero con fundado motivo; y tú, Othón, deja esas iras tanto menos justificables cuanto que la crítica de Tigelino abrazaba la mujer en general, sin comprender ninguna particular y mucho menos aquella de quien hablábamos nosotros.

— Como que no puede medirse por el rasero de las demás — díjole Othón calmándose, más que á la persuasión de lo alegado por su compañero, al recelo de que adivinara éste, viéndole tan exaltado, su pasión exaltadísima por Popea.

— Y tienes tal razón en cuanto dices, Othón, que Popea quiere consagrar sus amores, como antes dije y repito ahora, con la sanción de todos nuestros códigos.

— ¿De modo — preguntó el noble á su monarca y señor — que tú habrás de levantar hasta tu trono esa mujer, si quieres poseerla?

— Ya lo creo — repuso Nerón, — mas no es posible.

Cuando dijo el emperador la parte primera de su frase, perdió la vista Othón; mas cuando dijo la segunda, recobró su dominio sobre sí el muy enamorado, lanzando un suspiro cuyos ecos lo delataran seguramente, si en él hubiesen parado los dos interlocutores su atención.

— Casada está con Crispino en casamiento legítimo — dijo á su

vez el noble Othón, interrogando con los ojos el rostro de su imperial compañero para leer en él todos los efectos de cuanto dijera con sus labios.

—Las leyes del divorcio nos facilitan en tal grado la disolución de todos estos matrimonios patricios, así como la inmediata subsiguiente anudación de otros, que no hay dificultad alguna en arrancar á Crispino su esposa.

—Entonces, cuando consigas arrancársela, Nerón, ¿la harás esposa tuya por las facilidades que procura en Roma el divorcio?— preguntó impaciente Othón, que se iba descubriendo demasiado, pero que, á pesar de así descubrirse, no despertaba sospecha ninguna en el emperador.

—No haré tal—respondió éste.

—¡Ah!—suspiró nuevamente Othón como quien declina un gran peso.

—No podría, porque tengo que combatir á tres personas, y en este combate pienso dejar para la última de mis tres victorias aquella que me parece más fácil, empezando por la que más difícil me parece. ¿Aprobáis mi pensamiento?

—¡Ya lo creo!—respondió Tigelino.

—Piensas combatir.....

Empezaba Othón á decir cuando el César le interrumpió con la frase siguiente:

—A mi hermano Británico, á mi madre Agripina y á mi mujer Octavia.

—¿Cuál de los tres combates, Nerón, te parece más difícil?

—El combate á Británico.

—¿De veras?—preguntó Tigelino.

—De veras—respondióle Nerón.

—Por eso piensas emprenderlo en seguida—díjole Tigelino.

—¿Y luego?—preguntóle Othón.

—Luego emprenderé la guerra con mi madre.

—¡Guerra difícil!—Othón observó.

—No tiene tantos partidarios como mi hermano.

—Y dejar para lo último á Octavia—exclamó Tigelino.

—Y en cuanto de Octavia te divorcies, ¿te casarás con Popea?—preguntó con sus impacencias y ahogándose casi Othón, que al

ver la torpeza de su amigo en adivinarle, hurtaba menos el cuerpo al peligro.

—No—repitió Nerón, llevando nuevo respiro á su camarada, que retenía el aliento en espera de la contestación deseada.

—El divorcio de Octavia se me aparece como el más peligroso de todos mis planes. Hay mucha gente valiosa empeñada en creer que mis títulos de propiedad del imperio están en las actas de mi matrimonio con ella. Y aunque no lo pensara mucha gente, divulgarlo Agripina en la traición reciente con que acaba de vulnerar á este su hijo. Luego la buena de Octavia compensa la fealdad de su cuerpo con la hermosura de su alma; y la virtud tiene muchos partidarios hasta entre las gentes más viciosas y más apartadas de tal culto. Por eso no quiero divertir mi atención corriendo tres liebres al mismo tiempo. Así, para poder aguardar á la última, pienso tomar una disposición provisional respecto de Popea.

—¿Qué piensas hacer? Dilo, dilo, dilo.

Othón exclamó entre imperioso y suplicante por motivo y razón de la incertidumbre nueva en que le sumían los dichos de Nerón, desgarrándole á una el alma suspensa de un amor como el que sentía por la mujer á quien amaba Nerón como él mismo. Temblábale al cuitado el rostro siempre que la conversación caía en extremos tales como los que vamos refiriendo; cortábasele con la mayor facilidad el aliento, y se ponía en trance casi de venirse al suelo, por lo que había de agarrarse á cualquier parte mientras duraba la requerida respuesta del emperador á sus temerarias preguntas. Y sin embargo, no caía en cosa ninguna Nerón. No sospechaba que le fuese á la mano en materia de amor el amigo en quien iba él á librar toda su confianza, coasociándolo con una ceguera increíble á todos sus varios planes respecto de Popea.

—Mira—continuó Nerón, muy tranquilo y en calma, no contagiándose con la neurosis patentizada por Othón sin siquiera notarla,—en primer lugar pienso intimarle rendición á mi Acté. Si ella me correspondiese, con mujer ninguna me ligaría yo como con ella; y hasta que no llegue á repudiarme, no me dirigiré á ninguna mujer para unirme á ella con relaciones durables. Entre Acté y Popea mi amor sólo conocerá caprichos, no pasiones.

—Déjate ya de la joven asiática—le aconsejó Tigelino,—pues

temo te transforme y hechice con esos filtros del Oriente, capaces de volver del revés la cabeza más bien puesta sobre los hombros y más dura por su empaste.

—Al contrario—exclamó el sagaz Othón, —al contrario debes proceder de como Tigelino te aconseja. Puesto que hallas en Acté aquellos encantos misteriosos no hallados en otras mujeres, aférrate á vencerla de nuevo, y volverás al dominio de la fortaleza poseída por tanto espacio de tiempo. Como tú quieras, no contrasta ella con medio alguno tu voluntad. Aunque no quisieras, ni mandarás, si derecho á su obediencia no tuvieses, bastaríate apelar á tus naturales seducciones para que la fascinada inocente avecilla se fuese á tus manos. Acté, como ha sido tu primer amor, será el último también. Á fuer de ajena por su cuna y educación á las competencias nuestras, créete que no tendrá los inconvenientes de una patricia, siquier esta patricia se llame Popea, quien ¡ah! no dejará, por su estirpe y por su familia, de aspirar al trono, prefiriendo en tí el César al hombre, mientras tú deseas naturalmente que amen al hombre y no al César en tu persona. Vuelve, Nerón, sobre tu Acté, pues si la sitias con empeño, la vencerás con seguridad.

—Volveré á probarlo de nuevo, pero por última vez. Después de haberme sugerido un amor tan intenso, ahora me sugiere un culto y un respeto, de los cuales no puedo darte ni aproximada idea con mi palabra. Se necesitaría estar dentro de mí para sentir lo que yo siento. Mil veces heme presentado con propósitos irrevocables de adscribirla nuevamente á mi amor y mil veces he retrocedido. Me opone dulzura tal en su resistencia, que creeríame indigno de llamarme varón si la superase por violencias. Me pinta con colores tan vivos el amor y encuentro de dos almas en espiritual confusión, que yo lo siento al cabo como ella. Me promete una felicidad eterna en otro mundo superior á éste, más allá de la muerte, y en términos tales, que consigue de mí un sentimiento de confianza en la muerte como el suyo. Te dije y te repito que me fascina como una serpiente al pajarillo esa hermosa joven, sobre la cual yo ejerciera en otro tiempo tan alto y constante dominio que la tuve como á mis plantas rendida, y enseñoreándome así de su voluntad como de su pensamiento. Pero, en fin, haré la postrer tentativa, y si de ella salgo bien, sólo he de pensar en caprichos,

no en matrimonios; pero si no salgo bien, Popea será mi preferida.

Esta irrevocable resolución sumió en mar inmenso é insondable de confusiones al compañero enamorado de la mujer misma en quien el emperador pensaba. Así un estremecimiento nuevo le sacudió el cuerpo en términos que llegó á demudarlo hasta el extremo de atraer ya el ánimo y atención del emperador sobre su neurosis, obligándole á preguntarle si algo tenía, porque nada más lejos del ánimo imperial que atribuirle un atrevimiento tan audaz como el que hubiera supuesto su amor á una joven patricia, en quien había puesto su omnipotente amor sin rivalidades y sin competencias posibles aquí en el suelo.

—Tengo escalofríos —respondió á la solicitud fraternal de su camarada Othón.— Los atribuyo al insomnio que me trajeron los excesos de la última cena que celebráramos en casa de Trimalción.

—Pues no eres poco cuitado, amigo, cuando te debilitas y enfermas á goces de tan escasa monta. Mírate, Othón, en mi espejo. Yo tengo la resistencia de un toro. A mí nada me rinde. Salgo mejor y más robustecido de mis innumerables orgías. Pero dejemos esto y vamos á departir nuevamente sobre Popea, con cuyo amor pienso consolarme del desamor de Acté.

—Bien me parece; mas para no engañarte á ti mismo, ni á ella engañarla, ruégote intentes de nuevo reanudar tu trato con Acté.

—Lo haré. Mas como quiera que dudo del cambio, pues ha enajenado el ser á la secta misteriosa donde se ha metido, ya sólo pienso en Popea. Y lo merece. A sus prendas personales reúne una inteligencia y á su inteligencia una instrucción de primer orden. No le cuadran, tienes razón tú, ninguno de los vejámenes lanzado por Tigelino sobre las mujeres de Roma. Ella sabe, como nadie, cuánto aroma suave y deleitoso á la mujer presta el cándido pudor, y se reserva y se guarda como deben guarecerse y reservarse los tesoros. Cuando acude al teatro y al circo, cuando atraviesa los pórticos de nuestros monumentos, cuando se pasea por nuestras grandes vías, veréisla siempre velada para que las sombras y el misterio envuelvan su hermosura, que despide rayos de amor tan luminosos como vivificadores. Los césares, por lo mismo que tenemos el omnímodo poder, gustamos de inscribirnos á la baja servidumbre. Y así como esclaviza mi alma la pobre Acté á su

alma y le hace creer á uno hasta en su secta, Popea esclaviza mis sentimientos y me rinde á su merced y arbitrio en todo aquello que se le ocurre y antoja. Por ahí me creen voluntarioso, caprichosísimo, violento, indócil á todo yugo, incapaz de toda resistencia, cuando, en mi amor á la oriental Acté, cedo, si ella me lo manda, y en mi amor á Popea, si bien ha visto muchas miradas penetrantes y escuchado muchos reveladores suspiros, todavía no tiene de él un testimonio, porque todavía no le he dicho ni una sola palabra.

Esta confesión hacía reír hasta reventar al sensual Tigelino, mientras hacía sudar á Othón, que pasaba por indecibles angustias y se ponía de treinta mil colores. Así tenían los dos que reposar un poco tras sus sendas diversas emociones, pues Tigelino se había reído demasiado y Othón se había demasiado perturbado para que no hubieren menester el uno y el otro una corta pausa, orientándose de nuevo en intervalo tan corto para seguir la conversación.

— Continúa — decíale á Nerón Tigelino, — que me divierten muchísimo tus apuros de amor y tus timideces de doncel.

— Continúa — decíale á su vez Othón, — que me interesan mucho tus planes á ese respecto.

— Hay que llevar todo esto como una conspiración. Imaginaos la que pueden armar todas las nobles matronas que se creen Lucrecias al verme repudiar á Octavia. Imaginaos la que pueden armar todas cuantas desean sustituir á Octavia, si ven que las subrogo á Popea. Imaginaos la que puede mi madre armarme cuando vea el ánimo de su cachorro, como ella me llama, embargado por otra voluntad femenil, ajena y aun contraria de suyo á su voluntad soberana. Imaginaos la que puede armarme Crispino cuando le robemos, aunque sea legalmente, su mujer. Teniendo enfrente á Británico ó Agripina con todos sus amigos, paréceme demasiado tener también á Octavia con todos los suyos. En mis timideces, de que tanto soléis reiros vosotros, no he anunciado aún de palabra mi amor á Popea. Necesito que lo sepa. Y para que lo sepa ya formalmente y de modo que no tenga duda, necesito que alguien se lo diga. No intentaré la notificación sino después de haber hablado con Acté. Pero, en cuanto con Acté hable y ésta en sus trece persista,

mandaré un embajador á Popea diciéndole que la escojo entre todas las mujeres por compañera de mi cesárea persona, siendo mi esposa nominal Octavia y ella mi esposa efectiva.

— Pero ¿crees, Nerón, que Popea se conformará con tamaño papel y ministerio? Poco la conoces — díjole Othón que había mudado de color cien veces y mordídose los labios hasta el extremo de hacerse sangre varias veces en ellos. — Popea querrá compartir contigo, amén del tálamo, poco importante mueble á su nativa castidad, el trono, importantísimo á su ambición nativa. Riquezas no podrás darle mayores con todos tus tesoros á las por ella poseídas; en antigua y pristina nobleza compite con las familias augustales y raya donde puede rayar la dinastía cesárea; en lo respectivo al amor con muy poco se satisface y contenta: no puede aspirar más que al trono; y para elevarla con tu mano á tales cumbres, necesitas con tu mano echar por la pendiente de los abismos á tu madre Agripina y á tu mujer Octavia, que hoy ocupan ese alto puesto, la una de nombre, la otra de veras, el cual puesto querrá ocupar de veras y de nombre Popea. No pienses en ésta sino después que te hayas desasido de las otras dos. Popea no será nunca tu favorita; será tu esposa, te impondrá que le des en el trono aquella participación permitida por las leyes á las mujeres, con reserva de tomarse para sí la parte del león, que, si no las leyes, las costumbres permitieron á Livia y á Julia y á Mesalina y á tu madre.

— Está todo eso muy para visto y considerado más adelante. Hoy tan sólo precisa ver y considerar una cosa: la notificación que debe darse á Popea, si Acté me desahucia para siempre, del amor con que la distingo y ensalzo. He menester un enviado para este fin y te comisiono á ti, Othón. Te nombro, pues, embajador de mis amores á Popea, embajada que podrás desempeñar desde mañana mismo, pues veré hoy á mi Acté y le notificaré mi ultimátum. Eres, pues, mi embajador.

— ¿Tu embajador yo? Dispénsame. Imposible. Yo no puedo prestarme á semejante cargo. No lo admito. Al fin y al cabo es un cargo de tercería. ¿Qué dirán de mí los demás nobles? Ya critican bastante la privanza que gozo contigo. Si me diputas para buscarte mujer, me asaetearán en sus conversaciones á epigramas

y me sacarán en el teatro puesto de la ridícula manera que tú sabes. Luego las mujeres desprecian mucho, y hacen bien, á los que ajustan su belleza para otros y no se la guardan para sí mismos. Y líbrame Dios de aspirar al amor de quien tú amas; pero líbrame tú de correr el riesgo de su desprecio. Además, dame á mí por buscar amistades y huir de enemistades. Y no quiero encontrarme con un eterno enemigo en el esposo despojado, enamorado de su mujer. Así no pienses, Nerón, en lo que has dicho, por ser imposible de toda imposibilidad que acepte yo ahora ni nunca el cargo, que algún genio malo de suyo, y enemigo mío, te metiera en la mollera para que á mí lo presentases y ofrecieses. No acepto, aunque me lo quisieras imponer á la fuerza y me amenazaras, de no desempeñarlo, con entregar al verdugo mi cabeza. Paso por todo cuanto desees y quieras, paso por todo: por eso no, de manera ninguna. Ya sabes que soy noble.

—¿Noble? Buena recomendación — exclamó Tigelino. — En Roma se ha todo puesto de suerte que los nobles tienen muchas riquezas, pero ninguna honra. Como que se acuestan después del juego y del vino y de las mujeres, á la hora misma en que sus progenitores se partían al combate y al triunfo. Ya sabes lo dicho por el poeta. Los nobles sin más título que su ascendencia son estatuas de sus abuelos, como las de mármol, sin más diferencia que ser de carne y respirar y vivir. Así necesitan distinguirse. ¿Y cuál distinción excede á la grandísima de ser el tercero de Nerón, como lo fuera un dios en persona, Mercurio de Júpiter?

— Luego — dijo Nerón á su noble colega, callado bajo la granizada de injurias que despedía Tigelino sobre su cuerpo — te destino un gran papel. Yo, en el entreacto, es decir, en el espacio que habrá de mediar entre la salida de Popea del poder de Crispino y la salida de Octavia del poder mío, he menester un esposo para Popea, uno que le preste su nombre, uno que la lleve á su casa, uno que todo el día y toda la noche sepa vigilarla, uno que proceda con ella como yo procedo con mi mujer, aceptando ante los dioses y los hombres la nominal dignidad de marido, pero guardándose muy bien de ejercerla, especie de perro puesto allí para celar aquel jardín de amores, eunuco voluntario que no mire á la mujer, de cuyo intangible cuerpo responderá con su cabeza. Othón, primero

te diputo de embajador á Popea y luego te nombraré su marido.

— ¡Su marido, su marido, su marido! — exclamó el patricio, que no quería dar crédito á sus propias orejas y las alargaba como un galgo para oír mejor. — Acepto inmediatamente. Convenido. Seré honorario esposo de Popea.

— Vamos — murmuró para sus adentros Tigelino. — Parece imposible que sea tan estúpido el César. Le sopla Othón la dama.